

JOSÉ MANUEL
ALONSO IBARROLA

UNA REFLEXIÓN SOBRE

**CARTA DE CUBA
A UNA MUJER
INFIEL**

En mis intervenciones en torno a la obra y personalidad de Cesare Zavattini, tanto en el Congreso de Rávena, como en el de La Habana, y ahora en Barcelona, me gusta resaltar su condición de escritor nato, frente a ese otro rótulo de “escritor cinematográfico” o guionista, como se le conoce habitualmente. La dimensión literaria de Zavattini va cobrando con el paso de los años un especial relieve tanto en el panorama de la literatura italiana como en el de habla castellana, aunque justo es decirlo el lector hispano no ha tenido ni tiene muchas posibilidades de adentrarse en su obra literaria —si desconoce la lengua italiana, por supuesto— ya que ha sido escasamente traducido al castellano y nada al catalán (agradezco a la Filmoteca de Catalunya la traducción que ha hecho al catalán de mi prefacio al *Diario de cine y de vida* con ocasión de este Congreso).

El año 1959 entrevistaba por vez primera a Cesare Zavattini, para el semanario «Gaceta Ilustrada», suscitándose inevitablemente la cuestión del “Neorrealismo”. Ya en aquella entrevista me impresionaron su tremenda vitalidad, su abierta humanidad, su amor por las cosas y por los hombres, su afán de lucha. Los años, afortunadamente, nos depararon otros contactos personales y de ellos, y del progresivo conocimiento de su obra literaria, me fue surgiendo el convencimiento de que en Zavattini había antes que nada una personalidad literaria sacrificada, ahogada, en un momento determinado de su vida, en aras del irresistible canto de sirena de ese medio de expresión llamado Cine.

Mi primer conocimiento del Zavattini literario lo verifiqué con la lectura de una impresionante narración titulada “Cine en casa”, publicada en octubre del año 1954 en aquella malograda revista cinematográfica titulada «Objetivo». Tal colaboración vino a erigirse en una especie de primicia de un libro que vería la luz más tarde —en 1975— en Italia, con el título de *Iprocrita 1943*, aunque un tanto reformada por su mismo autor.

La también prematuramente fenecida «Revista Española» de Madrid, editó en 1953 *Totò el bueno* en sus números uno y dos, en brillante traducción de Rafael Sánchez Ferlosio, acompañada de la síntesis argumental realizada por el propio Zavattini y que daría origen al filme ***Miracolo a Milano***.

La publicación de esta narración no fue nada casual ni caprichosa. Eran los años de un duro régimen político-franquista y la proyección restringida en España de las mejores películas neorrealistas italianas influyó decisivamente en toda una generación de escritores. Para mejor entender esta influencia, resulta fundamental la lectura del libro de Luis Miguel Fernández Fernández *El neorrealismo y la narración española de los años cincuenta*, publicado el año 1992 y originalmente una tesis doctoral leída en mayo de 1990 en la Universidad de Santiago de Compostela. Escribe el autor:

El grupo neorrealista lo forman, sobre todo y en Madrid, Ignacio Aldecoa, Jesús Fernández Santos, Rafael Sánchez Ferlosio y Carmen Martín Gaité, mientras que en Barcelona, Ana María Matute y Juan Goytisolo participan, asimismo, de muchos rasgos de su escritura. De entre las figuras del

cine neorrealista italiano adquieren singular relevancia De Sica y Zavattini, manifestando el grupo madrileño por este último auténtica devoción a raíz de la celebración de las dos Semanas de Cine Italiano en 1951 y 1953, con asistencia del guionista a la segunda de ellas. Rasgos éticos y estéticos de estos escritores como el humanitarismo solidario, el trivialismo, el antiargumentalismo o el descubrimiento del drama por debajo de la banalidad cotidiana, por ejemplo, no podrían entenderse sin la referencia de Zavattini.

Diez años antes, en 1943, una *Antología de humoristas italianos contemporáneos*, editada por la Editorial José Janés de Barcelona, en su colección "Al monigote de papel", ofrecía dos narraciones cortas: "Un juego divertido" y "Cuento de Navidad", que figuran en sus libros *I poveri sono matti e Io sono il diavolo*, respectivamente. Los estudiosos o curiosos pueden añadir a esta corta relación el guión que figura en la Biblioteca Nacional de Madrid, titulado *Una familia imposible* e impreso por Ediciones Rialto de Madrid el año 1943. La película la dirigió el año 1940 el director italiano Ludovico Bragaglia. En la Argentina, Ediciones La Isla, de Buenos Aires, también editó *Totò el bueno*, el año 1954 en versión de Lido Monti. Anteriormente, en Chile, la editorial Ercilla, en 1936, publicó *Hablemos largo de mí*, en traducción de Lautaro García.

Y eso era todo hasta que, en 1969, aparece *Straparole*, editado por una prestigiosa editorial catalana hace muchos años desaparecida, Sinera (Arenis leyendo a la inversa este palíndromo) y magníficamente traducido por el escritor Juan Marsé, que salva con brillantez los escollos que el estilo y la técnica "zavattiniana" encierran. *Straparole* constituyó el más importante descubrimiento literario de Cesare Zavattini para el lector de habla hispana, pero, a decir verdad, no encontró gran eco, ni de crítica ni de público. En «Revista de Occidente» (octubre 1969) tuve ocasión de escribir un extenso comentario y confesaba: "Me da la impresión de que su mezcla cinematográfico-literaria ha desorientado tanto al lector como a la crítica. Sólo así puede justificarse tanto silencio... Por otra parte, el mismo título de la versión castellana, que ha respetado el título del original italiano y su misma portada, no creo que hayan ayudado mucho en cuanto a su comercialización". Más tarde, supe —me lo contó el propio Za en su casa romana— que cuando vio el libro y su portada pensó en enviar un telegrama expresando su indignación. No lo hizo.

A partir de ese momento concebí un libro antológico que pudiera dar a conocer en nuestro país a un escritor injustamente postergado y minusvalorado. Así surgió *Milagro en Milán y otros relatos* (Editorial Fundamentos, Colección Espiral, Madrid) en el año 1983, con un prólogo mío y la eficaz y desinteresada colaboración de Arturo Zavattini.

El libro tuvo una gran acogida de crítica y hoy día, agotado prácticamente, es objeto de culto de cinéfilos y también manual de prácticas para cursos de guión cinematográfico. Esta vez Cesare Zavattini, al recibirlo, mostró entusiasmo y emoción, pues la contraportada reproduce una frase de un famoso escritor, "que me hizo llorar", según me confesó. La frase dice así y la firma Gabriel García Márquez:

Después de la II Guerra Mundial, los escritores de cine vivieron su cuarto de hora con la aparición en primer plano del guionista Cesare Zavattini, un italiano imaginativo y con un corazón de alcahofa que infundió al cine de su época un soplo de humanidad sin precedentes.

Al acercarse la conmemoración del centenario de su nacimiento, prometí en Roma a Arturo Zavattini gestionar la reedición de *Straparole*. Fue una tarea difícil y ardua. Uno de los editores se limitó a responderme con esta pregunta: "¿Pero quién se acuerda de Zavattini?". Tuvo que ser la Filmoteca de la Generalitat de Valencia la que se decidiera a editar el *Diario de cine y de vida*, que forma parte de *Straparole*. Esta edición, llevada a cabo en colaboración con el Festival de Cine de Huesca, me ofreció la oportunidad de completar la biografía incluida en la edición de *Milagro en Milán y otros relatos* de 1983.

La traducción sigue siendo la original de Juan Marsé. A pesar de ciertos arcaísmos, los editores no quisieron retocarla, aceptando así el criterio del propio traductor, que no vio razón alguna para "modernizar la traducción". Aplaudo la decisión.

Diario de cine y de vida lo presenté primeramente en el Festival de Cine de Huesca, después en la Filmoteca de Valencia y a finales del año pasado en La Habana. Gracias a la colaboración de ARCI, que adquirió un centenar de ejemplares, el libro pudo ser regalado a los asistentes a los actos conmemorativos del centenario de Zavattini en aquella ciudad caribeña.

Fue una lástima que no pudiera estar presente en el homenaje cubano a Zavattini un libro que ahora tengo la oportunidad de mostrar aquí, en este Congreso, como primicia editorial. Me refiero a *Ese diamantino corazón de la verdad*, que recoge primeramente la interesante correspondencia mantenida entre Cesare Zavattini y Alfredo Guevara entre 1954 y 1972. Le sigue otro capítulo titulado "Zavattini en La Habana", con las intervenciones de Zavattini en una reunión con los miembros de la ARTYC. A continuación, "Cuba, 1960", firmado por Alfredo Guevara, al igual que "La dimensión moral del neo-realismo", y sobre todo "Cuba mía", que incluye argumentos inéditos y donde se palpan las ideas de Za. Hasta el título evoca aquel proyecto soñado por Cesare, *Italia mia*. Editado por Iberautor Promociones Culturales (Madrid) y el Festival Internacional del Nuevo Cine Latinoamericano (La Habana), el libro constituye sin duda alguna una aportación notable al mejor conocimiento de las actividades llevadas a cabo por Cesare en la isla.

Confiemos a que a estas iniciativas, se puedan sumar algún día otras, porque sigue siendo increíble que sus famosos primeros libros *I poveri sono matti*, *Io sono il diavolo* e *Ipocrita 1943* no se hayan traducido jamás a la lengua castellana ¡y tantos otros!

Pocos hombres, pocos artistas, habrán tenido en vida el reconocimiento a una labor, como Zavattini ha tenido oportunidad de disfrutar, y que sin duda alguna lo ha merecido. Me decía Ugo Gregoretti cuando le visité en Turín, mientras rodaba *Straparole*, que su trabajo tenía una finalidad precisa: "Ser una especie de acción reparadora hacia un escritor que siempre se ha sometido a las exigencias de un director, y que si como guionista ha conocido fama mundial como escritor ha sido anulado".

Las palabras de Gregoretti conducen inevitablemente a una serie de consideraciones finales y a una pregunta fundamental: ¿Es, ha sido, Cesare Zavattini un escritor dañado y traicionado por el Cine?

En el semanario «Panorama» (28 de enero de 1999), Roberto Barbolini afirmaba rotundamente a los diez años de Za: "No hay duda: el cine ha hecho daño a Cesare Zavattini". Lo decía a propósito de unos originales zavattinianos publicados en el primer número cuatrimestral «Palazzo Sanvitale», editada en Parma y dirigida por Guido Conti, un brillante narrador parmesano. Cuatro años más tarde, aparece un extraordinario libro *—Dite la vostra—* presentado en este Congreso de Barcelona, por el propio Guido Conti, con un prólogo suyo y una magnífica antología de artículos e historias de Zavattini publicados en los años treinta en la «Gazzetta di Parma» y «La Voce di Parma». Constituye una de las grandes sorpresas literarias para los estudiosos españoles en este Congreso de Barcelona, al igual que el libro del cubano Guevara lo es para los estudiosos italianos, cuya existencia desconocían.

Zavattini se declaraba en su pasaporte "escritor cinematográfico". Aseguraba que por esta condición en cierto viaje le perdonaron varios kilos de más en su equipaje. ¿Qué es un escritor cinematográfico? ¿Cómo se configura su personalidad en los medios de expresión artísticos? El "escritor cinematográfico" es una entealequia al igual que sus obras, que sus guiones. Un guión cinematográfico no es nada mientras no se trasplante al celuloide. Y cuando es celuloide y se da un montaje y se le aplican unos efectos sonoros, unas palabras, determinada música, un ritmo, surge de mano de un hombre llamado "director cinematográfico" una obra de arte llamada "filme". En ese momento, se podría quemar el guión. El Arte no pierde nada.

A este respecto, el famoso director cinematográfico Michelangelo Antonioni ha escrito:

Se equivoca quien sostiene que el guión cinematográfico tiene un valor literario. Se podrá objetar que éstos no lo tienen, pero que otros bien podrían tenerlo. Puede darse el caso. Pero entonces serán ya verdaderas novelas autónomas. Un filme no impreso sobre celuloide no existe. Los guiones cinematográficos presuponen el filme, no tienen autonomía, son páginas muertas.

Repletas de guiones están las estanterías de una habitación en la casa romana de Zavattini. Algunos realizados, otros muchos sin realizar... Y ese material, me decía a mí mismo, mientras Arturo me los mostraba con cariño y emoción, no es nada, absolutamente nada.

En los escritos juveniles que recoge *Dite la vostra* ¡cuánto ingenio, frescura, inteligencia e imaginación hay patentes! Ignoro cuánta cota de creación literaria hubiera llegado a alcanzar de haber continuado el camino que inició con *Carta de Cuba a una mujer infiel*. Tuve ocasión de hacer una reflexión en torno a esta magistral narración en La Habana, con motivo de la presentación, como he dicho anteriormente, de *Diario de cine y de vida*, con un público entregado porque había tenido ocasión de leer previamente la narración, pues la organización cubana y ARCI editaron y repartieron generosamente miles de opúsculos de la citada narración.

Leí su arranque: "La Habana. 10 de diciembre de 1959. María, te escribiré cada día, soy feliz, y también tú debes saberlo, iremos emparejados como el negro y el blanco del eclipse". Está fechada la narración el mismo día de su llegada a La Habana, y en su diario personal anota: "Apenas bajé del avión, miré buscando las señales de los famosos hechos recién ocurridos". Cuando regresa a Italia, el 28 de febrero de 1960, escribe unas crónicas para «Paese Sera», y arranca así: "De niño creía que Cuba era una invención de Salgari..."

Gualtiero De Santi, autor del libro *Ritratto di Zavattini scrittore*, escribe:

Carta de Cuba... es un largo soliloquio, no construido sobre la medida del monólogo interior clásico, sino al contrario, centrado en el monólogo rapidísimo y agilísimo de visiones, lamentaciones, engaños sentimentales, reflexiones y flashes de Cuba y del mundo incluida Italia.

Valentina Fortichiari, otra estudiosa zavattiniana de reconocido prestigio, se refiere a la *Carta* y a su escritura "toda ella en primera persona, diarística-epistolar-autobiográfica: una inmersión total en el Yo con la Y mayúscula".

En la *Carta* han visto los estudiosos influencias de Proust, de Joyce, de Miller. Posiblemente sea así. De Joyce, a mi entender, sobre todo. Desde el Surrealismo de sus primeros libros a la *Carta de Cuba* hay un largo trecho de experiencias vividas y lecturas asumidas, que desembocan ya en un estilo original y propio. Ya había aprendido seguramente, desde su primer viaje a Cuba, que la papaya tiene diversos significados. Escribe en la *Carta* estas palabras: "...La Papaya, repite conmigo: papaya, ya estoy dentro de tu boca". El público cubano sonrió cuando la leí con candor y sin pudor. Un poco más adelante escribe en la *Carta*

Esta noche he bebido mucho y aún beberé más, ¿por qué? Desde la ventana veo el faro de Marianao, en su interior estás tú con el nombre, Marietta, Marionta, cuanto más lo deformato más consistente es, las variaciones gotean sobre el mentón con el jugo del melón cuando el rostro desaparece en la tajada.

Como soy fetichista, tuve ocasión, contaba a los cubanos en La Habana, de tomar un taxi y pedirle al conductor que me llevara al faro de Marianao en homenaje a mi admirado Za. Antes de arrancar se volvió estupefacto: "¿Al faro de Marianao?", me preguntó. "Marianao está en el interior y jamás he visto yo faro alguno. Los faros están en la costa".

Apenado, me bajé del taxi pensando en un error mío o en una invención literaria de Cesare. Al día siguiente, un amigo cubano, Faustino Fernández Padrón, me aclaraba que muchos años atrás Marianao llegaba hasta la costa y esa zona ahora se llama Miramar. Esta vez, el taxista me llevó a Miramar y me dejó en la desembocadura del río Almendares. Me emocionó ver el faro, tan pequeño, de hierro y pintado en rojo rabioso. Muy cerca se veía un hotel en ruinas, que supongo fue el que habitó Zavattini. Bien pudo ver desde sus ventanas el pequeño faro de Marianao. El hotel, reconstruido ahora en parte, se llama *Sierra Maestra*.

Antes de la Revolución se llamó *Rosita de Hornedo*. Y el cine *Karl Marx* tan próximo, se llamaba *Blanquita*. Me dijeron que eran los nombres de las dos novias del constructor. Todo cambió con la Revolución, menos el faro de Marianao. Meses después he tenido ocasión de ver esa deliciosa película cubana titulada *Fresa y chocolate*. Entonces, en este visionado, en la secuencia de la ruptura de los enamorados, descubrí que el escenario era la desembocadura del río Almendares y el faro de Marianao. No pude por menos que recordar a Cesare y nuestra querida Habana y algunos momentos compartidos con él.

Recuerdo aquellos brindis que hacíamos con sidra asturiana en su casa romana de Via S. Angela Merici 40. De sus viajes a España, le quedó el recuerdo de la sidra y procuraba llevarle siempre dos botellas. Una nos la bebíamos juntos. Brindábamos por sus libros, por los míos y terminaba siempre diciéndome que tenía que encontrar un empresario italiano dispuesto a fabricar sidra asturiana... en Italia. En cierta ocasión, se me ocurrió llevarle una auténtica boina vasca, de las fabricadas en mi tierra, en Tolosa. Y es que el *basco*, es decir la boina en italiano, ha quedado prendida a su figura y a su presencia como un emblema. Semanas más tarde recibía una carta en la que me decía: "Caro Ibarrola, has calculado el tamaño de mi cabeza y quizás mi inteligencia, más grande de lo que es en realidad. Por eso, la maravillosa boina no puedo utilizarla. La expondré o la regalaré a alguna persona querida..."

Esta carta la recordé el 4 de diciembre de 2002, en la Escuela de Cine Cubana de San Antonio de los Baños, cerca de la Habana. Allí ese día, se inauguró la Plaza Vattini [*sic*], en presencia de alumnos e invitados venidos desde la capital. En el estrado, su director, Julio García Espinosa, y el que fuera alumno de Zavattini, Gabriel García Márquez. Al final del acto, una "sorpresa" preparada de antemano por Julio. Me requirió en el estrado, subí y conté la historia de las boinas de Zavattini. Luego extraje de una bolsa dos boinas vascas de la misma fábrica que surtía a Cesare. En medio de cariñosos aplausos se las entregué a los dos. Se las pusieron con mucha gracia y "Gabo" se acercó a mí, diciéndome: "No me la quitaré mientras viva".

Recientemente he visitado Parma y el famoso colegio Maria Luigia, donde un Za jovencísimo residió actuando como tutor de alumnos, entre los que se encontraba Giovanni Guareschi, futuro creador de Don Camillo y Peppone. No muy lejos está el enorme río Po y Luzzara, el pueblo que le vio nacer. Y está el cementerio. Nada más entrar se encuentra la tumba de Cesare y de su mujer Olga. Pero éstos son recuerdos terráqueos, reales, prosaicos. Sugiero recordar a Za en la plaza del Duomo de Milán, quizás sigan los pobres robando las escobas a los barrenderos y remontando vuelo hacia un país donde decir "buenos días" quiera decir de verdad "buenos días". O en Roma, junto al Panteón, podamos ver a Umberto D. intentando extender la mano para pedir limosna, con su perrita Flike a los pies. Y en la Via Crispi, a Lamberto Maggiorani pegando carteles de propaganda en un muro y dejando descuidada su bicicleta, seguramente la bicicleta más famosa de la historia del cine.